

CAPÍTULO IX

SAN FRANCISCO Y LA POESÍA

La poesía y la historia.—Transformación del latín.—Nacimiento del romance toscano.—Federico II y los trovadores.—Muere la literatura caballeresca con la casa de Suabia. — Vida intelectual del siglo XIII.—Poesía popular.—San Francisco, trovador.—Si fué poeta.—Cántico del *Sol*.—*In foco*.—*Amor di caritate*.—¿Son obra de San Francisco las tres poesías?—Escuela poética franciscana.—Por qué nos interesan hoy los trovadores.—Fray Pacífico.—El autor del *Dies Irae*.—San Buenaventura, poeta.—Jacopone de Todi. — Su historia.—Sus primeros cánticos.—Sus transportes.—Carácter humano, al par que místico, de su poesía.—Sus defectos.—Himno de la *Pobreza*.—Los dos *Stabat Mater*.—Las sátiras de Jacopone.—Celestino V y los zelantes.—Bonifacio VIII y Jacopone.—La poesía mística.—Otros poetas franciscanos.—Las *Floreillas*.—Predecesores de Dante.—Difusión de la escuela franciscana.

.....
Salve, ¡oh rima! En el papel te busca
artificialmente el trovador,
mientras tu brillas, resplandeces,
brotas en el corazón del pueblo.
.....

(Josué Carducci, *A la rima*.)

Aquel gran genio de la antigüedad helénica, que tanta influencia ejerció en el desenvolvimiento de la metafísica cristiana, Aristóteles, opina que la diferencia entre historiador y poeta no consiste en el uso de la rima, puesto que si Herodoto escribiese en ver-

so su historia, no por eso dejaría de serlo; sino en que el historiador narra lo que aconteció, el poeta lo que pudo acontecer lógicamente, por donde viene la poesía a ser más seria y filosófica que la historia, y a referirse más a lo universal, mientras la historia se ciñe a lo particular (1). ¿No parece como si adivinara el Estagirita el advenimiento de tiempos en que para estudiar y conocer una época en espíritu y verdad se acude, mejor que a sus crónicas, a sus monumentos literarios?

Cuando Roma hubo obtenido el imperio del mundo, impuso a las sojuzgadas naciones costumbres, leyes, idioma, y hasta el culto e imitación de los grandes escritores latinos. Así creó un género de unidad, mejor dijera de uniformidad, que cimentada en la fuerza de las armas, se consolidó mediante la superior cultura y hábil política del vencedor. Vino el Cristianismo a tiempo que la lengua latina estaba extendida por todas partes, circunstancia que ayudó a difundir la nueva fe, facilitando su predicación y propaganda. La parte civilizada de Europa hablaba latín en los siglos IV y V, y sólo en montañas o aldehuelas se conservaban reliquias de idiomas autóctonos.

La entrada de los bárbaros en el imperio, vino—no de golpe, sino gradualmente—a restablecer la variedad. Comenzó la transformación del latín, tanto más inevitable cuanto más correcta, elegante y exacta era aquella clásica lengua, difícil para hablada y para escrita. Llevan los dialectos literarios—que solemos llamar lenguas clásicas—en su propia perfección la sentencia de muerte; desde que un idioma no varía, no se enriquece ni aumenta: sucédele lo que a la rama desgajada del árbol. Es cada lengua hablada organismo viviente en labios y pensamiento humano, y está sujeta a la condición de todo ser organizado: variar. Se reduce la historia de una lengua a la de su

natural desarrollo, regulado por dos leyes: alteración fonética, renovación. Por grados la metamorfosis se cumple, y se presenta el fenómeno que llamamos un nuevo idioma, y en rigor no es sino la evolución del antiguo. Claro se ve este hecho en las seis lenguas romances neo-latinas. El italiano, por ejemplo, no posee un germen propio vital, toda vez que ni una radical nueva contiene; es latín transformado, latín moderno, si ya no preferimos que fuese el latín italiano antiguo (2). Es, pues, imagen llamar al italiano hijo del latín, y metáfora más atrevida aún calificarlo, como Byron, de *dulce latín bastardo*. Ni en tiempos de su mayor apogeo se habló el latín clásico con igual pureza en las provincias del imperio que en el Lacio, y de seguro la plebe romana cometería infinitos barbarismos. Así como es difícil evitar que en bien cultivado jardín nazcan hierbas, debió de serlo que entre el vergel del sermón latino asomasen las expresiones populares, luchando por subir a la superficie y vivir, con su vigorosa espontaneidad de plantas rústicas.

No es dable señalar puntualmente la fecha en que se ramifica el latín en lenguas romances; la modificación es lenta, pende de causas complejas, acontecimientos políticos y sociales, que a manera de impetuosas corrientes de agua viva, rompen la lisa y hecilla superficie de un idioma clásico, arrastran en su raudal los tímpanos del habla antigua, y al cabo los funden. Así la Iglesia cristiana, que trajo un elemento de profunda unidad interna, contribuyó, no obstante, a diversificar las lenguas y transformar el latín, procurando hacerlo llano, simplificando su construcción y escaseando el hipérbaton. Doble fué la metamorfosis; mientras el latín, acomodándose a la inteligencia del pueblo, se rebajaba, rompían las lenguas vulgares su tosco capullo y adquirían soltura y flexibilidad; trocaban las formas sintéticas del latín

por otras analíticas más adecuadas al estado social que se iniciaba, y se diferenciaban, ofreciendo carácter propio. En una misma nación surgen del latín varios dialectos, que tienen su hado: mientras los unos, ocultos acaso en erizadas sierras, en hondos valles, en provincias que aisló su situación topográfica, se quedan eternamente rudos e informes y no pasan de jerga villanesca, otros se acrisolan y refinan, dejan precipitarse el sedimento vulgar y plebeyo, y ascienden a lengua literaria y a idioma general de una gran nación. En las comarcas ocultas, al par que el dialecto suelta los andadores y camina ya seguro y fuerte—enriqueciéndose con la copia de palabras y giros correspondientes a las múltiples necesidades e ideas,—se atiende también a conservar el latín a título de lengua docta, restaurándolo en su integridad y cuidando de que no se pierda ninguno de sus tesoros. Mucho tiempo aún sigue siendo el latín habla de los oradores, poetas y retóricos: sufren largo período de gestación los dialectos, y son usados familiarmente en el hogar, en plazas y mercados, antes de que nadie crea posible otorgar a aquel lenguaje imperfecto la dignidad de la poesía. No debió de ser un letrado quien por vez primera rimó en romance, sino algún anónimo improvisador popular, algún marinero que, remendando sus redes, tarareó grosera copla; alguna hilandera que acompañaba el estribillo con el ronquido del torno. De esta suerte se explica que mientras ya en 812 el Concilio de Torsi recomienda a los clérigos que pronuncien sus homilias en *lingua romance rústica* para que les entienda mejor el pueblo, hasta más de dos siglos después no encontramos los primitivos monumentos literarios de la lengua italiana, las cantilenas de Ciullo de Alcamo y Folcachiero de Siena, donde el idioma tiene ser y carácter, si bien anda mezclado con numerosas voces latinas, provenzales y france-

sas, que aún faltaban, sin duda, en su caudal propio.

Comienza el movimiento literario de Italia provocado artificiosamente, cultivado como flor de estufa por Federico II, en Sicilia. La corte brillante de Palermo es núcleo adonde afluyen los trovadores italianos a ganar la palma. Era el suelo volcánico de Sicilia horno en que la fantasía se caldeaba: quedaban en él restos de cultura griega: los normandos trajeron el elemento caballeresco, y los sarracenos las galas de la poesía oriental, pródiga en adornos, como los alicatados de los moriscos camarines. Federico II, que había arrojado de Sicilia a los árabes con las armas, convocó una falange de sabios mahometanos que le enseñasen medicina, astrología, filosofía; reunió odaliscas y trovadores, pues le deleitaban las letras como a un griego de la decadencia: él mismo se dedicó a trovar, en lo que imitaron Enzo y Manfredó, sus hijos, porque la raza de Hohenstaufen, de trágicos destinos, tiene en la masa de la sangre el valor guerrero y el amor de la poesía, y a su lengua teutónica prefiere para la rima el joven romance italiano. Mas este florecimiento poético que en Italia determinó la casa de Suabia, llevaba en sí gérmenes del mal que había de extinguirle. No porque faltan en la pléyade siciliana inspirados trovadores: Reinaldo de Aquino, Odo de Colona, Rugerón de Palermo, Jacobo de Lentino, conocen el arte, poseen sentimiento lírico, hallan rasgos felices, lidian con las asperezas y verdores de la lengua, y suelen vencerlos; pero la poesía trovadoresca, erótica y quintesenciada, ampulosa y oriental, estaba del todo fuera de las corrientes de la vida italiana; correspondía a un ideal caballeresco, nunca en Italia aceptado y dominante. Si en la feudal Germania la literatura caballeresca era fruto del estado social y se desarrollaba con vitalidad y pujanza, produciendo en dos siglos más de doscientos *minnesänger* célebres, no así

en una nación como Italia, donde cabe decir que no hubo lo que se llama Edad Media.

Bien expresa el nombre de aquellos trovadores germánicos el espíritu que les animaba: *minnesänger*, cantores de amor, pero no del amor natural e impetuso, de la pasión, del *liebe*, sino del amor sutil, galante, andantesco, *tencionado*, *minne*, que no invoca a la amada, sino a la dama de los pensamientos del trovador, y explica sutil y discretamente, y refina y alambica pasiones, más que sentidas, fantaseadas. Tal género de poesía tiene sus moldes y pautas convencionales dispuestas de antemano, que impiden se manifieste libremente la personalidad del poeta, por lo cual se nota cierta uniformidad y monotonía en la lírica de los trovadores; de análoga manera dicen y piensan todos, ya en las nebulosas regiones de Alsacia y Suabia, ya bajo el cielo claro de Provenza y Sicilia. En este defecto no incurren los *troveros* del Norte, épicos en su mayor parte. Tres ciclos de fábulas y leyendas dan asunto a sus poemas: aventuras de caudillos godos, francos y borgoñones, contemporáneas de la gran emigración de los pueblos, *sagas* que forman los *Niebelungos* y el *Libro de los Héroes*: gestas carlovingias, Carlomagno, Roldán en Roncesvalles; y por último, ciclo bretón del Santo Grial, de Artús y de la Tabla Redonda, alegórico y elegíaco, genuinamente septentrional (3). No es que entre los *troveros* no se cultivase también la poesía lírica: ensayáronse en todos los géneros: cantinelas, plañidos de amor, tenciones, serventesios, pastorelas, serenatas, alboradas, ovillejos y rondas... Pero lo que en ellos domina—singularmente en el Norte de Francia—es el carácter narrativo ejemplar; la epopeya, el cuento, la fábula, el apólogo, la novela. ¡Cuán diferente la lírica elegante y cortesana de Provenza, Cataluña y Sicilia! Solían ser los trovadores en el decir libres, en el amor licenciosos, en el

estilo conceptuosos, en la sátira agudos, en religión heterodoxos; de lengua suelta para increpar, así al clero, a los obispos, a Roma, como al cruzado moroso que tardaba en embarcarse para Palestina. Vagabundos, iban de corte en corte, huyendo si los perseguían, quedándose años y años donde les halagaban, sin rumbo, sin ley, unidos no obstante entre sí por los estatutos de una especie de código poético, del cual eran cánones la galantería con las damas, la admiración por el guerrero heroísmo, y cierto frívolo desdén de la virtud, que anticipaba en ellos, con más risueños matices, el irónico escepticismo de algunos grandes poetas modernos.

En Germania, a fuer de género nacional, la literatura caballeresca vivió vida robusta y larga, y tuvo tradición tan duradera, que a Bürger y a Goethe y a los ingenios más nutridos de letras y estudios clásicos, les inspiró alguna de sus mejores obras el ideal del feudalismo. También se hubiese perpetuado en Provenza, a no ocurrir los sangrientos lances de la guerra albigense, mientras en Sicilia murió de muerte natural, porque carecía de raíces en el corazón del país. Pedía Italia sus municipios, sus fueros, su independencia, su libre constitución en pequeños Estados, y rechazaba a los Césares alemanes, representantes de la autocracia y el feudalismo. Más que la fuerza de las armas, arrojó a la casa de Suabia la opinión pública. Cuando quiso Federico II tener en Italia un cuerpo de ejército seguro y adicto, hubo de formarlo con los sarracenos que en Sicilia cautivó, y el servirse de tal milicia le hizo más aborrecible al pueblo. Una mujer, Santa Clara, toma el Sacramento en las manos para que retroceda la infiel cohorte: una niña, Rosa de Viterbo, sale por aldeas y ciudades predicando y concitando los ánimos contra el enemigo de la Iglesia y de la libertad. El odio a Federico llega hasta atribuirle una blasfemia célebre, o

un libro no menos impío y famoso que la misma blasfemia: *De tribus impostoribus*, libro que a pesar de su fama nadie había visto, por razones poderosas (4). Cae prisionero de los boloñeses el hijo del Emperador, Enzo el Hermoso, de dorados bucles; ofrece el padre por su rescate tesoros, y la inexorable ciudadanía de Bolonia no responde a las ofertas, y se ríe de las amenazas, y construye un palacio para encerrar al cautivo, y allí le deja pudrirse veinte años, regateándole el alimento a veces, y pareciéndole todo castigo leve para aquel retoño de la raza invasora. Una mano oculta abrevia con el veneno los días de Conrado; Sicilia misma, baluarte del poder imperial, no siempre lo sostiene con igual constancia: Lombardía lo desprecia; el mal hado de la casa alemana en Italia alcanza hasta al adolescente Conradino, su último representante, que halla en vez de la corona el cadalso (5). Así fenecé la estirpe de Federico Barbarroja (6), y con ella la poesía caballeresca en Italia, género artificioso, pasatiempo culto, discreto de gaya ciencia, aristocrático, áulico, nunca sincero. Pero aquella Italia papal y municipal a un tiempo, desgarrada por los bandos, fuerte en la conciencia de su actividad política y su patriotismo urbano, federación de ciudades, semejantes a las repúblicas griegas hasta en ser a veces presa de déspotas como Ezelino o Can de la Escala, ¿no había de tener su expresión real, su fórmula en literatura? Toscana se la dará.

A la frustrada tentativa de Sicilia sucedieron dos grandes direcciones, que puede decirse que absorbie- ron a Italia. Fué la una el desarrollo de los estudios, la ciencia enciclopédica del siglo XIII; escolástica, derecho, humanidades; Aristóteles, Justiniano y Virgilio. La segunda es la corriente religiosa, el fervor monástico y popular. Ambas tienen su representación en la tendencia dominante de las dos Ordenes de

Predicadores y Menores: los dominicos poseen al magno atleta de la razón, Santo Tomás: entre los franciscanos se desarrolla un arte nuevo, y surge una falange de poetas—incluso el fundador,—hasta que más tarde, armonizándose en un solo hombre la dirección intelectual y la artística, den por fruto la gran epopeya del catolicismo, *La divina Comedia*.

Señalóse la vuelta a los estudios clásicos por más esmerado cultivo de la lengua latina, y se escribieron bastantes poemas, que hoy yacen sepultados en el olvido, sin que de esta regla se exceptúen más que las poesías litúrgicas, dictadas por la fe religiosa, no por una fría reacción. Mas la poesía verdadera que despuntaba—arte rudo aún, pero lleno de ingenuidad y frescura—es la vulgar, la que componen en romance y para el pueblo poetas que ni son trovadores ni retóricos. Toda poesía necesita — si aspira a ser algo más que pasatiempo — concordar con algún sentimiento o creencia poderosa en el espíritu de su época: ser voz social, dar forma a lo que se piensa y quiere en derredor suyo. Poesía sin eco en el corazón humano, es vano sonido que agita estérilmente el aire. ¿Qué significaban a principios del siglo XIII las imitaciones de la lírica pagana? Pedía la multitud cantos nuevos, jóvenes y bañados en el fresco rocío del Evangelio. Pudo entonces decirse de la rima lo que hoy dice un poeta neo-clásico (7):

¡Salve, oh rima! En el papel te busca artificiosamente
el trovador, mientras tú brillas, resplandeces, brotas en
el corazón del pueblo.

De los primeros intérpretes de la naciente poesía fué San Francisco de Asís. En sus mocedades, cuando no convertido aún, hacía frecuentes viajes a Francia y dábanle por esto y por su conocimiento del idio-

ma el apodo de *Francesco*, aprendió la ciencia gayá de los provenzales, y trovó entre sus alegres socios de fiestas y banquetes. Que tuviese lozana fantasía y temperamento artístico en grado sumo, es cosa evidente; sus enseñanzas y sus parábolas, sus dichos y hechos, los pormenores todos de su vida, ostentan sello de poesía incomparable. No obstante, bien pudiera haberse limitado—al menos desde que vistió el sayal—a poetizar con actos, sin rimar ni escribir; pero testimonios fidedignos demuestran lo contrario, y se le atribuyen poesías, en especial una, que parece tan ajustada a su condición y modo de ver y considerar la naturaleza, que no deja cabida al recelo de que pueda ser apócrifa. A pesar de lo cual, un escritor italiano, de erudición y talento (8), negó terminantemente a San Francisco los laureles de poeta: y no ha mucho se alzó entre nosotros autorizada voz, que si no se los niega, se los discute (9). Serían decisivos ambos dictámenes si se fundasen en datos y pruebas sólidas; mientras tal requisito les falte, en esta cuestión y otras que más adelante se tocarán, es lícito atenerse a la opinión generalmente admitida, que abonan tantos y tantos historiadores y críticos, alguno de ellos contemporáneo y familiar del santo (10).

Si presta autenticidad a una obra reflejar exactamente el carácter y espíritu de su presunto autor, personificándole en cierto modo, el himno de *Frate Sole* pertenece legítimamente a San Francisco de Asís. Respecto de otras dos poesías, *In foco amor mi mise* y *Amor di caritate*, que también se le atribuyen, hacen dudoso el caso las muchas y esenciales diferencias que entre ellas y el himno se advierten. Mientras *Frate Sole* tiene cierto sabor bíblico, *In foco amor mi mise* y *Amor di caritate* se enlazan con la poesía trovadoresca: *In foco* es una tención; *Amor di caritate*, un poema psicológico-místico; am-

bas elegantes en su forma, en su versificación correctas, sobre todo la última, al paso que en el Canto del Sol el metro es rudimentario, prosa cortada, ritmo cojo e inexperto: unas veces sustituye la asonancia a la rima, otras se halla sólo al principio y fin de la estrofa. La lengua, bisoña y dura en el himno, es copiosa y brillante en el poema y la tención; particularidades más fáciles de observar en el original italiano que en traducciones como la que intentamos sin esperanza de éxito (II).

CÁNTICO DEL SOL

Señor alto, poderoso y bueno: tuyas son las alabanzas, la gloria y bendición toda. A ti sólo se deben, y hombre alguno es digno de nombrarte.

Loado seas, Señor mío, con todas tus criaturas, especialmente mi señor hermano el Sol, que nos da la luz y el día, y es bello, esplendoroso y radiante, y da testimonio de Ti.

Loado seas, Señor mío, por la hermana Luna y las estrellas. Claras, bellas y preciosas las formaste en los cielos.

Loado seas, Señor mío, por mi hermano el viento; por el aire, las nubes, la calma y los tiempos todos: con ellos sustentas tus criaturas.

Loado seas, Señor mío, por la hermana agua, que es utilísima, preciosa, casta y humilde.

Loado seas, Señor mío, por el hermano fuego; con él alumbras la noche, y es hermoso, alegre, fuerte y robustísimo.

Loado seas, Señor mío, por nuestra hermana la madre tierra, que nos nutre y sostiene, y produce frutos diversos, hierba y pintadas flores.

Escrito llevaba hasta aquí San Francisco, cuando un suceso inesperado le movió a añadir una estrofa.

Fué el caso que se produjeron rencillas entre el obispo y las autoridades de Asís, y llegó a tanto la discordia, que aquél fulminó el entredicho; sus adversarios se desquitaron declarándole fuera de la ley. San Francisco entonces agregó a su cántico:

Loado seas, Señor mío, por aquellos que por tu amor perdonan y sufren tribulaciones y enfermedades. Bienaventurados los que en paz las sufren, porque Tú les coronarás.

Ordenó en seguida a sus discípulos que entrasen en la ciudad y, distribuídos en dos coros, cantasen el nuevo versículo delante del obispo: es fama que con este arbitrio se ablandaron los ánimos y se apaciguó la contienda. Conducido más tarde Francisco a Foligno para que allí se aliviasen sus achaques, presintió el plazo de su muerte, y compuso la estrofa final:

Loado seas, Señor mío, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual no se libra hombre alguno. ¡Ay de aquellos que en pecado mortal fallecen! Bienaventurados los que acatan tu santa voluntad, pues nada podrá contra ellos la muerte segunda.

Load y bendecid a mi Señor, dadle gracias, y con gran humildad servidle.

¿No recuerda este bello canto la sencillez de alguno de los sagrados textos? La acción de gracias al principio de cada estrofa es un procedimiento primitivo, del cual huirán los expertos en el arte: y sin embargo, ¡qué religiosa majestad presta esa nota grave, monótonamente repetida!

Tan marcada semejanza ofrece *Frate Sole* con el himno de Azarías y sus hermanos en el horno de Babilonia, que induce a creer si, adrede o involuntaria-

mente, lo tomó San Francisco por modelo. Cotéjese ahora el cántico del Sol con la segunda poesía atribuída al penitente de Asís (12).

En una hoguera me puso el amor: el amor me puso en una hoguera, ¡hoguera de amor!

El amante corderillo, mi nuevo esposo, me dió una sortija: prendióme, y después me hirió con un puñal, partiéndome el corazón.

En una hoguera me puso el amor, etc.

Partióme el corazón, y mi cuerpo cayó en tierra. Despide el arco del amor flechas mortales: en guerra se trocó mi paz, y de amor expiro.

En una hoguera, etc.

Enamorado expiro, y no os asombre: el bote fué dado con lanza descomunal: ancha y larga es la moharra: sabed que cien brazas me la introdujeron.

En una hoguera, etc.

Tan espesos llovían los dardos sobre mí, que yo agonizaba: empecé una rodela; entonces menudearon los disparos, y sin que valiese defensa, quebrantaron mis miembros: tal es su poder.

En una hoguera, etc.

Arrojólos con tal vigor, que el edificio se derrumbaba. Yo os diré cómo huí de la muerte. Dando altas voces, apuntó una ballesta y dirigióme nuevos disparos.

En una hoguera, etc.

Sus armas arrojadas eran emplomadas piedras de mil libras de peso cada cual: lanzábalas tan aprisa, que no las pude contar. Y ni una sola erraba.

En una hoguera, etc.

Ni una erraba: tan diestro era en disparar. Yo había caído exánime, quebrantado todo, insensible como un muerto.

En una hoguera, etc.

Pero no muerto de muerte, sino de exceso de gozo. Luego reviví, y de tal modo me tornaron los ánimos, que